



Mis mentoras lesbianes

Por María Julieta Massacese¹

La palabra “mentora” es un término que no se escucha mucho en los pasillos universitarios (qué decir de la palabra “mentore”). Al menos, en mi experiencia como estudiante y en mi experiencia como docente. Hay razones, por supuesto, que podrían explicar este fenómeno. Por ejemplo, que muchas personas prefieren otras palabras (tanto más técnicas, como más informales). ¿Por qué escribir un texto sobre mentoría, entonces? Se explica por cierta inclinación propia por las palabras antiguas o en desuso, así como por la etiqueta, el trato cordial y cierto formalismo. Inclinación que admito y, en general, disfruto. Pero para argumentar no alcanza con declarar el gusto por decir palabras como “colega”, “muchacha”, “mentora”, “casa de estudios”, o por terminar discutiendo con Aristóteles tarde o temprano como si fuera el interlocutor más relevante de la conversación. Pero ahí vuelve a insistir el genial y misógino filósofo: me refiero, concretamente, al tema de la mentoría. Fuera del relato del mito, parece que el típicamente supuesto pionero-en-todo Aristóteles habría sido el primer mentor declarado como tal, al menos en muchas de las narrativas disponibles sobre la Antigüedad. Aristóteles, mentor de Alejandro Magno. La historia con mayúsculas está repleta de relatos de mentores y maestros, de discípulos y seguidores.

Muchas de las mujeres y, en general, personas que no encajaban en los estándares de lo que implicaba ser alguien que produce conocimiento en el momento que les tocó vivir no contaron con ningún tipo de asistencia. Qué decir de la pobre Olympe de Gouges, que directamente terminó ahorcada por la Contrarrevolución. Más cerca de nuestro contexto, una jornada sobre lesbianas y academia, las primeras mujeres universitarias de nuestro país –de fines de siglo XIX– tuvieron que abrirse paso con la posibilidad de una mentora excluida *a priori*. Esta situación no cambió radicalmente hacia la década de

1 UBA/CONICET

1970, en la cual la feminización era notoria, pero no así el acceso a cargos docentes o de gestión. Abundaron las mujeres que desarrollaron sus carreras con mentores o jefes (que muchas veces hubieron de soportar) porque no tuvieron opción, hasta lograr tener sus cátedras. Antes, la investigación se desarrollaba principalmente en universidades. El aumento de la financiación de CONICET permitió que, para personas de mi generación, y un poco más grandes también, se comenzara a investigar y a formar en investigación en conjunción con las universidades. Aquí es claro que muchas mujeres lograron no solamente ingresar, sino también promover distintos programas de investigación, que implicaron equipos, becaries, nuevos temas y perspectivas, etc. “Directora” es el término que se utiliza más frecuentemente en grupos de becarias/es, según dicta mi experiencia. Al consultarles a mis compañeras de la AAIHMEG sobre “mentora”, claramente me dijeron que era *vintage* y *anglo*, aunque tres compañeras declararon utilizarlo además de mí. La mayoría se inclinó por las palabras “maestra” y “referente”, un grupo más pequeño indicó tener emociones mezcladas y/o negativas con sus directoras/es. Luego les volví a preguntar si consideraban que tuvieron o tienen alguna maestra o referente, allí la respuesta fue unánime: todo mi universo de investigación por encuesta de Whatsapp (16 personas, en general mujeres) contestó que sí.

Recolecto estas variedades: “mentora”, “maestra”, “referente”, las agrego a otras que yo misma he utilizado como “sensei”. Habiendo aclarado esto, por motivos de síntesis y capricho personal, continuaré utilizando la palabra “mentora”. Más que un tema de denominación, me interesa reflexionar sobre este tipo de relación social, y concretamente, quisiera reflexionar sobre este tipo de relación en la actualidad, es decir, en un tiempo en el cual finalmente hemos conseguido, al menos en muchas disciplinas, que pudiera tener lugar. Esta situación se da a tal punto que supera la dirección masculina en muchas áreas, tanto en investigación como en docencia. Aunque no está logrado, el techo de cristal se está resquebrajando a altas velocidades. Habría maestras, mentoras, referentes, las hay lesbianas, también hay lesbianes, pero ¿qué supone una relación de mentoría?

El trabajo de la mentoría establece la relación solidaria entre una persona de mayor conocimiento y experiencia, y otra que se inicia

o que se desarrolla bajo su guía y consejo. Me da la sensación de que algo importante de la transmisión intergeneracional se juega allí, algo que precisamente está en crisis en nuestra época. En pueblos de todo el mundo, especialmente no euroestadounidenses, siempre ha estado claro que son las personas más mayores a quienes se debe una dirigir si quiere saber cómo proceder. Sin embargo, entre la colonialidad de nuestra educación y el culto a la juventud de nuestra cultura, ¿qué lugar tiene la mentoría en nuestra academia? Más específicamente, ¿qué significan las relaciones de mentoría para lesbianas y, en general, mujeres y/o personas LGBT+? Me hago esta pregunta como persona mentorizada y como recién estrenada directora de un humilde proyecto de investigación junto a una mentora-par, por lo que agrego, ¿qué tipo de mentorías, enseñanza o como queramos llamarle necesitamos? ¿De qué forma compartir experiencia de la manera más abierta, colaborativa y formativa?

Dado que no estoy en condiciones de hablar en nombre de nadie ni tampoco cuento con una rigurosa investigación empírica, me propongo comenzar una reflexión indagatoria mediante la exploración de mis intentos de conseguir mentoras, con sus éxitos, fracasos y matices. Tengo la suerte de haber conseguido increíbles mentoras, sin las cuales, al menos en mi caso, estaría completamente perdida. También he tenido una curiosa suerte: la de no haber conseguido algunas mentoras. Agradezco ciertos rechazos o apoyos limitados, que también me resultaron formativos. Un tercer golpe de suerte, golpe que, desde ya, una ha buscado explícitamente, ha hecho que todas mis jefas y directoras sean mujeres cis, la mayoría lesbianas o bisexuales cis, y/o personas no binarias. Una de mis más queridas mentoras, que había sido hétero toda su vida, continúa siéndolo, pero en una deriva algo *queer*. Es que, digamos todo, ¿quién es realmente hétero hoy en día? ¿Los hombres que tienen sexo con hombres? ¿Eran hétero todas mis profesoras que no tenían marido ni descendencia o que habían tenido marido, pero una vez separadas, jamás volvieron a la institución familia o matrimonio para dedicarse plenamente a la docencia y a la universidad? ¿Por qué presupondría que estas mujeres son hétero? Si me agarra un ataque de teoría lesbiana, es decir, si me toma el espíritu Wittig, podría incluso decir que materialmente estas mujeres ni siquiera eran mujeres porque

no dependían de varones, más allá de qué inclinación o preferencia sexual tuvieran. Si hay algo que tenían claro las mujeres de +50 años (y dudo que hoy esté tan claro) es que la familia y la pareja son un escollo absoluto para la vida profesional, un tema que ha variado y sobre el que me tienta explayarme, pero que excede los límites de este trabajo. Por ende, mantengámonos en tema.

Hablemos, en principio, de los rechazos o de las mentorías inconclusas. Hubo tres, cercanas dentro de todo en el tiempo. Para ese momento contaba ya con mi mentora estructural, de la cual hablaré más adelante, pero para el caso vale aclarar que siempre tuvo la expresa generosidad de incentivarme a buscar nuevas maestras o referentes, algo que de lo que no todo el mundo puede jactarse. Habilitada por estas condiciones, tenía la idea de encontrar una mentora con mucha experiencia, lo que, con perdón del anglicismo, se llama una mentora *senior*. En uno de los casos, una candidata a mentora me dijo que continúe trabajando con mi mentora estructural, un gran consejo. La segunda me dijo que lo que me interesaba hacer era muy difícil, que tendría que aprender inglés e irme del país (era otro el momento, sí, aunque fue algo dramática y de cualquier forma tenía razón: tenía que aprender inglés, cosa que hice). En ambos casos me formé con estas personas de forma temporal y resultaron muy importantes e influyentes. Finalmente, la tercera me recibió una tarde, me dijo que podía apoyarme con su firma para posgrado, pero nada más, y me dio grandes consejos sobre formación e investigación. En ese momento no tenía claro que estábamos, a nivel político, en las antípodas, por lo cual agradezco su rechazo.

Sigamos, pues, con el caso de mi mentora mujer no lesbiana. Esa mujer, que se llama María Inés la Greca y es una gran investigadora, no solo me ha influenciado a nivel intelectual, con un legado de lo mejor de la filosofía de la historia y precisas lecturas de Butler, sino que además ha estado de forma sostenida y decidida en colaborar con mi formación, iniciarme en la enseñanza, inventarme trabajos geniales, a tal punto que yo siento que, además de colega, mentora y amiga, es un hada madrina. No tenemos tantos lazos formales de docencia o investigación (quiero decir: no me dirige ni es mi jefa), aunque investigamos, vamos a congresos y publicamos en conjunto. La Dra. La Greca es, al igual que mi mentore estructural, alrededor de

una década mayor que yo. Esto es beneficioso sobre todo para poder guiarla a una en los sistemas de publicación e investigación estilo CONICET. Pero, además, hace que la mentoría, consejería o tutoría sea más cercana en términos de universo y lenguajes compartidos.

Gregorio Klimovsky, un importante epistemólogo argentino, escribió sobre su discípulo Félix Schuster un conmovedor texto titulado “Mi primer becario”, en el que destacaba “ese tipo tan especial de relación intelectual en la que una persona en cuya formación se pone mucha esperanza va pasando de discípulo a colega, para dar lugar luego a la creación de fuertes lazos de amistad”. Fui advertida de este cambio de estatus (de becaria a colega), en particular cuando una se gradúa del doctorado. Y sí, un poco se siente, aunque en mi caso de forma bastante ligera. El texto de Klimovsky es hermoso porque testimonia el amor por la producción de conocimiento, por la universidad y por la amistad en el trabajo compartido, cuyo fin siempre es y debe ser parte del interés común. No abundan, o yo no encuentro, este tipo de textos tan a menudo. Mi ponencia pretende aportar a dar testimonio de otras mentorías. Especialmente, de dos mentorías de lesbianas centrales en mi formación profesional e intelectual.

La primera es la de mi direttore, mi primera mentore estructural hace más de una década. Como se trata de una lesbiana visible, y bastante visible, intuyo que no le va a molestar. Me permito homenajear su figura, ya que se trata de una de las personas que organizó estas Jornadas que hoy nos reúnen en la ciudad de Córdoba. Hablo de Vir Cano, doctore en Filosofía. Cano tuvo la suerte de haber tenido una mentora, la Dra. Mónica Cragolini, la mejor especialista en Nietzsche del continente, con quien nos formamos muchas personas en la tradición continental francesa y alemana posestructural. Conocí a Cano en un práctico de Metafísica siendo una joven muchacha del interior y enseguida le pregunté si sabía de algún grupo de teoría *queer*. Había habido un espacio de formación pionero, ligado al Centro Cultural de la universidad, el Rojas, el Área de Estudios Queer, pero tanto Cano como yo llegamos al tema cuando eso ya no existía como tal. Enseguida integré el nuevo grupo de lectura de teoría *queer* y un PRIG (Proyecto de Reconocimiento Institucional) junto a muchas compañeras de distintas disciplinas, la mayoría alrededor

de una década mayores que yo, que fueron absolutamente cruciales en mi formación en teoría feminista, formación que no recibí en la currícula oficial de mi carrera de profesora, salvo por un seminario de grado. En el caso del grupo de teoría *queer*, no hubo ningún texto que ahora recuerde en las materias que cursé. Distinto fue el doctorado.

El caso es que me uní a Cano y dirigió mis becas de grado y posgrado. En efecto, con el tiempo nos convertimos en amigas y colegas, en particular tomé a Cano de confidente, ya que es una persona muy discreta a la cual contarle secretos. En este caso, la diferencia de edad es de alrededor de una década. No se trataba de una mentoría tradicional tipo *senior*, lo cual habilitó numerosos intercambios y formaciones conjuntas que alimentaron de forma enriquecedora el vínculo intelectual y existencial de mentoría. Su estilo de dirección siempre fue, a mi juicio, espontáneamente taoísta, es decir, el de alguien que enseña con el ejemplo, el acompañamiento y también con lo que *no-hace*. Es fácil pensar que es fácil no hacer. Sin embargo, cuando una escucha otras historias de dirección de tesis, agradece muchísimo cosas que no ha vivido, como sobrexplotación, maltrato, indiferencia, territorialidad, competencia, corsetería intelectual, etc. Cuando el tao habla del “no hacer”, no se trata de una oda a la falta de compromiso ni a la negligencia. Todo lo contrario y *precisamente lo contrario*. “No hacer” sería mejor definido como *no-forzar*. En mi caso, recupero el hecho de que Cano me haya brindado la posibilidad de tener una gran libertad temática, filosófica, teórica y estilística, la posibilidad de tener múltiples equipos y referentes, la tranquilidad de contar siempre con una interlocución y una conducción sutil, amable y rigurosa al propio camino que una ha trazado y continúa trazando, que siempre es colectivo y se enmarca en un proyecto mayor. Además, en el plano del hacer, agradezco haber tenido discusiones filosóficas, algo que una toma como obvio en el contexto de una tesis de doctorado con la persona que la dirige, pero que, lamentablemente, no se comprueba en los testimonios de muchas compañeras. Otro tanto podría decirse de la importancia para las personas LGBT+ de contar con modelos. Ya he mencionado a muchas profesoras de todas las épocas. Tener una directore lesbiana, habiendo escapado de mi pueblo en una época pre-matrimonio igualitario, era

un sueño que no hubiera esperado. No hay mucho que agregar aquí, me remito al Efecto Scully y los estudios que dan cuenta de la importancia de ver –aunque sea por la televisión– que una mujer podía ser forense, como en el caso del personaje de Gillian Anderson en *Los expedientes secretos X*, lo que favoreció que muchísimas mujeres estudiaran carreras universitarias. Tener un modelo de investigadora abiertamente lesbiana me resultó increíblemente habilitante a nivel subjetivo y profesional, y recupero no solo lo habilitante del vínculo, sino también mucho de su estilo al momento de pensarme a mí misma como directora de proyectos de investigación.

Mi segunda mentora lesbiana, en este caso, sí *senior*. La conocí en los últimos años de doctorado. Cano me había advertido que, dados mis intereses de investigación más ligados a la epistemología y los estudios de la ciencia, necesitaría sumar un marco de trabajo adecuado y relevante para desarrollarme. Conocí a mi segunda mentora gracias a una amiga. Enseguida mi radar lésbico entregó datos, pero la confirmación llegaría más tarde. Encontré en mi segunda mentora, que no es closetera, pero tampoco es una lesbiana que haga política de visibilidad personal, un marco de trabajo robusto para trabajar sobre temas de mi interés. Se trata de una persona muy formada y extraordinaria, docente e investigadora de la universidad, cuya generosidad, rigurosidad, modestia intelectual y pasión por los problemas filosóficos son características que reconocemos todas las personas que trabajamos con ella. A nivel formativo, me permite formarme, en general (aunque no únicamente) en la tradición analítica, en la filosofía e historia de la ciencia y sobre todo en los estudios sociales de la ciencia. A nivel intelectual, me está ayudando a clarificar qué tipo de compromisos filosóficos una adquiere al iniciar una investigación, entre otros innumerables temas y aspectos en los que siento que mejoro como profesional docente e investigadora. Me parecía muy divertida la contraposición entre mi mentora estructural con la que me llevo unos 12 años, hipervisible y de alto perfil, y mi mentora tardía con la que me llevo más de tres décadas, de marcado y personal perfil bajo, no invisible pero tampoco hipervisible.

Da para otro texto, pero creo que las estrategias de visibilidad y, permítanme llamarlas, de discreción, tienen ambas sus limitaciones y beneficios. Las lesbianas bien lo sabemos desde los matrimonios

bostonianos, al menos, en adelante. Asimismo, como una pregunta más colectiva, quisiera preguntarme por qué tipo de mentorías feministas y específicamente lesbianas necesitamos desarrollar –y podríamos imaginar– como personas que habitamos espacios académicos tales como la docencia, la investigación y la producción de conocimiento en general. Habiendo tímidamente comenzado, junto con una querida amiga, la Dra. Claudia Aguilar, con un equipo de investigación en Estudios de la Extinción, una se encuentra con numerosos dilemas. Sobre todo en estos tiempos de incertidumbre en los cuales resulta difícil recomendar seguir la carrera de investigación en nuestro país, sostener la universidad que quieren destruir, sumar textos a personas que ya están sobrepasadas en términos de trabajo remunerado/no remunerado, entre otras preguntas que nos hacemos. Hace poco y por primera vez me encontré en un curso con una estudiante trans. Ignoro sus preferencias sexuales. Yo no tuve el gusto de contar con el *a priori* de poder tener una mentora mujer trans. Casi tengo el honor de tener una intelectual trans de otro país en mi jurado de tesis, pero lamentablemente y por razones desconocidas, no se presentó, aunque me hubiera encantado. Volviendo a mi estudiante trans, enseguida charlamos con mi segunda mentora de la importancia de apoyar su trayectoria educativa.